



Ranas (fragmento de la novela *Obelenkó*, inédita)

PEDRO CABIYA ¹⁰⁰

Pacheco trancó las puertas de cristal de la sastrería, pero además sujetó dos vueltas de cadena alrededor de las agarraderas y pasó un imponente candado Yale entre los eslabones. Luego caminó con paso animado hacia su Honda Civic, estacionado a menos de cincuenta metros bajo los úcares en flor. Eran las siete de una tarde de mediados de enero, es decir, noche oscura. No quería demorarse en el camino; ninguna calle de la zona era segura, y mucho menos para los pequeños comerciantes como él. Acostumbraba ir armado, pero esta vez lo venció la pereza y prefirió dejar la *Mágnum* 357 durmiendo en la caja fuerte su sueño de volcán en equilibrio. A fin de cuentas, hoy no había tenido que dejar el vehículo tan lejos como otras veces. La calle estaba desierta y soplaba una brisa de agua. Pacheco sintió que se le erizaba la piel de los brazos y se los frotó con brusquedad masculina. Los faroles a duras penas conjuraban las sombras. En los edificios residenciales no se percibían luces ni otras señales de vida. Algún pájaro nocturno emitió un lóbrego graznido. Pacheco apretó el paso. Reconoció su auto, tenebrosa e intermitentemente alumbrado por la luz de un farol próximo, filtrada a través de las delgadas ramas de árboles que el viento agita. Pacheco extrajo la llave de su bolsillo, la introdujo en la cerradura. La serrada eufonía del metal de la llave, buscando y encontrando los dientes del pestillo, parecería haberles servido de señal, pues al instante Pacheco percibió tres siluetas negras deslizarse encorvadamente tras él, cerrándole toda escapatoria. Se dio la vuelta, dispuesto a no oponer resistencia, y vio ante sí a tres ranas humanoides, de piel verde y reluciente, ojos rojos de pupilas verticales, dolorosamente erectas e impecablemente vestidas con trajes de tres piezas

100 Escritor, poeta y guionista. Nace el 2 de noviembre de 1971. Irrumpe en el mundo literario con el libro de cuentos *Historias tremendas* (Isla Negra 1999), galardonado Mejor Libro del Año por Pen Club Internacional. En años subsiguientes publica *Historias atroces* (Isla Negra 2003), y las novelas *Trance* (Norma 2007) y *La cabeza* (Isla Negra 2005); todas han adquirido status de culto. Ha participado en numerosas antologías internacionales. Se ha destacado también por su cultivo de la novela gráfica con títulos duros como *Ánima Sola*, *Juanita Morel*, *Obelenkó* y *Justin Time*. Fundador y editor en jefe de la revista de cine y literatura *Bakáa*. Ha vivido en España, Estado Unidos, Haití y Puerto Rico. Actualmente reside en Santo Domingo; en esa ciudad dirige el Centro de Lenguas y Culturas Modernas de la Universidad Iberoamericana y la productora Heart of Gold Films. Contacto: pedro.cabiya@gmail.com.



marca Hermenegildo Zegna. Habló la del medio, mirando a ambos lados de la calle con cierta inquietud y ajustándose el nudo perfecto de su corbata Burberry.

-Disculpémos -su voz resonaba amplia, como si declamara en medio de la nave de una catedral-, si no es mucha molestia, nos gustaría conversar con usted brevemente.

Lloviznaba. La poca gente que circulaba por las angostas calles emprendía una huida todavía innecesaria, leyendo en la llovizna la garantía del aguacero. Todos corrían a guarecerse preventivamente en umbrales, terrazas, lonas de quincalleros nocturnos, marquesinas. Salazar, sin embargo, las manos en los bolsillos de su gabán, perseveró en su tumbao de parsimonia. Sus gafas de lentes espejados se cubrían lentamente con el rocío que caía del cielo, pero Salazar no se las quitó sino hasta alcanzar la puerta de La vida es broma, en cuyo umbral se detuvo con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Se las volvió a poner luego de secarlas con el faldón de su camisa. Entró. En la barra, un anciano harapiento que nunca había visto por el vecindario protegía con todo el cuerpo un trago de ron blanco, absorto, como ante un oráculo. Habría utilizado las monedas que había pordioseado durante el día para comprarlo, y pretendía que le durara toda la noche. No había nadie más. Salazar pidió una cerveza, la recibió destapada y se la llevó a una mesa del fondo, cerca de la vellonera. Se echó pesadamente sobre la silla, estiró las piernas y exhaló ruidosamente; enredadas en esa bocanada de dióxido de carbono, Salazar expulsaba todas las ansiedades del día. Bebió largamente de la cerveza, inclinando la cabeza hacia atrás. Cuando volvió a enderezarla, y al tiempo que ponía la botella sobre la mesa con un golpe seco, Salazar observó que la puerta del baño se abría y que del reducido espacio emergían tres hombres vestidos para un acontecimiento que, ciertamente, no era allí, o para un tipo de establecimiento que, sin lugar a dudas, no era aquel. Inicialmente,

Salazar sintió curiosidad, pero entonces notó que las caras de los tres hombres eran idénticas, blancas e inexpresivas, emitió un bufido de exasperación y metió los dedos bajo los lentes para frotarse los ojos.

-Carajo-susurró-. Hay que joderse.....



Los hombres se acercaron a su mesa caminando con torpeza, dando pequeños saltos, doblados sobre sí mismos, ineptos. Arrastraron sendas sillas y se sentaron. El dorso de sus manos era verde, las palmas amarillas, y poseían membranas interdigitales.

-Buenas noches, Juvenal-dijo uno de los hombres, pero sus labios no se movieron-. Salve.

-Váyanse-dijo Salazar mirando para otro lado-. No me molesten. Estoy cansado.

-¿Cómo te va, Juvenal?-comentó otro de los hombres-¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tal?

-Este el único momento del día que tengo para mí-dijo Salazar entre dientes-. Vengo aquí a relajarme, a beberme una cerveza tranquilo, en paz... Y ahora aparecen ustedes. Eso no está bien.

-¿Qué hubo, Juvenal?-dijo el hombre restante, su rostro impávido, sus facciones rígidas-. Hola. Saluciones.

-No-dijo Salazar-. Lo que sea que necesitan, lo que me van a pedir: no.

El hombre del medio miró hacia la entrada, quizá para cerciorarse de que no entraban más personas. Al hacerlo, Salazar distinguió una gruesa cinta negra mal amarrada con un lazo cretino sobre un cráneo pelado y verde. Se echó a reír.

-No hemos venido a pedirte nada-dijo el hombre-. Sólo queremos hacerte una pregunta.

-No sé la respuesta-dijo Salazar-. No sé nada.

-Pero, ¡si aún no te la hemos formulado!

-No importa-replicó Salazar con mucha calma y puntualizó sus palabras dando un largo sorbo de su cerveza.

-No les negarás una simple información a tus viejos amigos-dijo el hombre-. ¿O sí?



312 “Ranas” (fragmento de Obelenkó, novela inédita)

-Con ustedes nunca nada es simple-dijo Salazar-, y lo de “viejos amigos” es debatible.

-Qué extraño-dijo el hombre de la izquierda-. Creo recordar una actitud más suplicante y dócil, la última vez que nos vimos.

Salazar no respondió de inmediato y la pausa abrió entre ellos un espacio de reflexión en donde se acomodaron los recuerdos. Suspiró.

-Digamos que he aprendido de mis errores-dijo Salazar por fin-. Estamos a mano.

-Eso nadie lo discute-retomó la palabra el del medio-. Todos salimos favorecidos. Tú más que nadie.

-Dime algo, genio-ladró Salazar, arrepentido de haberse replegado anteriormente-. ¿Cuál de ustedes tres maestros del disfraz cree realmente que pasan desapercibidos con esas ridículas caretas? Y aun si así fuera, ¿no les parece que las repugnantes manos de sapo son una pista demasiado obvia?

Los tres, al unísono, retiraron las manos de la mesa y se las metieron en los bolsillos de sus chaquetas. Salazar movió la cabeza de un lado a otro, compadeciéndose, y cantó victoria.

-Eso supuse..... Largo de aquí. No me molesten. Los forasteros se pusieron de pie, se miraron entre sí, volvieron a mirar a Salazar, dieron media vuelta y emprendieron su camino de regreso al baño. A medio camino, el hombre que había estado a la derecha, el único que no había hablado todavía, se detuvo. Salazar agachó la cabeza, resignada, pues descubrió en aquel gesto los colores indiscutibles de un as bajo la manga.

-Te estás poniendo viejo, Juvenal. Estás envejeciendo, Juvenal.

-El tiempo no pasa de balde -cortó Salazar sin dejar de mirar su cerveza-. Envejecer es ley de vida..... A menos que ustedes tengan por ahí un antifaz extra con el que pueda ocultar las arrugas.



-No lo digo por eso -respondió el otro con inocencia-, sino porque, en otra época, tu primer reflejo habría sido preguntarnos cómo supimos dónde encontrarte. Bingo.

El silencio era total. Al cabo de unos instantes, Salazar empujó una de las sillas con el pie, ofreciéndosela al que quisiera ocuparla. El hombre que había hablado último se sentó.

-Muy bien-dijo Salazar, quitándose los lentes y mirando a su interlocutor con un par de ojos rojos en los que rápidamente se contrajeron sendas pupilas verticales-. ¿Qué quieren saber?